



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Marina Tena Tena

Representada por Tormenta www.tormentallibros.com

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S.L.U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-627-7

Depósito legal: M-2572-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MARINA TENA TENA

**NOA,
POPULAR
A
CUALQUIER
PRECIO**

★ AMISTAD EN CURSO ★

loqueleg

*Para Inés y Emma.
Gracias por ser las primeras en leer esta historia.*

1

Es el peor día de mi vida.

Papá dice que soy una exagerada. Mi padre es experto en fingir que nunca tengo problemas. Para él, siempre son desafíos, nuevos comienzos y oportunidades. Podría ganarse la vida diciendo frases motivacionales de las que salen en los anuncios o se leen en la sala de espera de los dentistas.

Según él, tener que mudarnos a una ciudad pequeña, cutre y lejos de Madrid es «el inicio de una vida mejor». Empezar en un instituto nuevo a mediados de noviembre le parece «un reto emocionante». Y separarme de todas las personas a las que quiero es, en su errónea opinión, «una oportunidad para conocer gente nueva».

No quiero conocer gente nueva. No quiero ser la última en llegar a un instituto en el que

no conozco a nadie. No quiero una casa nueva, aunque sea más grande, si no hay nada remotamente interesante cerca. Y, en especial, no quiero, no quiero, no quiero y no quiero separarme de mi grupo de amigos.

Lloraron incluso más que yo cuando les conté que iba a mudarme. Lala organizó una fiesta de despedida y ¡alquiló un local! Vinieron un montón de compañeros ¡y no solo de mi clase! Todo el mundo quería despedirse de mí. Puede que esté un poco feo por mi parte, pero reconozco que no me sé el nombre de algunos de los que vinieron. Y eso que Lala tuvo que dejar fuera a muchos...

También me prepararon un paquete lleno de sorpresas tan grande que casi no cabía en el maletero del coche. Papá insistió en que teníamos que haber dejado que lo llevasen los de la mudanza, pero no pensaba correr el riesgo de que nadie me perdiera el cuaderno lleno de fotos y anotaciones o la sudadera personalizada. ¡Ni ninguno de los regalos que me hicieron!

Entre ellos, había un cuaderno con objetivos diarios. Es pequeño, y las páginas son como

pósitos. Antes de irnos de Madrid, ya escribí el primero: Volver a casa. Tengo que encontrar la manera de arreglar esto.

Me prometieron que hablaríamos todos los días y que vendrían a visitarme cada vez que pudieran. Estaba triste, claro. Fue bonito que se preocuparan tanto. Incluso papá me mimó, y parecía pedirme perdón con la mirada porque estuve llorando todo el viaje hasta nuestra nueva casa.

Mi padre tiene la cara de decir que no está tan lejos, que no llega a dos horas de distancia. ¡Dos horas en coche! Cuando tienes trece años, setenta kilómetros equivalen a varios años luz.

Y lo peor no es el viaje. Lo peor es pensar que, cuando entre en clase, Lala no estará en el pupitre de al lado. Cuando toque Educación Física, David y Maitane no se pelearán para que sea de su equipo. Las mellizas no me cogerán sitio en el comedor. Mis amigos no sonreirán cuando entre por la puerta. No tengo amigos allí. No conozco a nadie.

Estaré sola.

—Hemos llegado. ¿Lista?

Gruño como respuesta porque no me salen las palabras. Siento un hormigueo en el estómago cuando mi padre para el coche delante del instituto. Es un edificio naranja con ventanas blancas y pinta aburrida. La verja verde que lo rodea le da aspecto de cárcel, o de granja; decenas de alumnos arrastran los pies con desgana. No hay ni una sola cara conocida.

El vértigo me acelera el pulso.

Aún no me parece real. Sé que no es una pesadilla, pero una parte de mí piensa que es una broma, o una prueba, o algo temporal. Puede que en cualquier momento mi padre, con una enorme sonrisa en la cara, me diga que ha recuperado su puesto en Madrid y que no deshaga las maletas porque volvemos a casa. Pero lo que me suelta es:

—¡Buena suerte!

Arrugo la nariz. ¿Por qué se esfuerza en sonar alegre? Abro la puerta del coche con un nudo en el estómago. ¿Seguro que no podemos volvernos ya?

Hago un gesto de despedida sin ganas y cierro con más fuerza de la necesaria.

Es el peor día de mi vida.

Y solo acaba de empezar.

OBJETIVO:

☐ Volver a casa.

Tengo que encontrar la manera de arreglar esto.

Nadie te prepara para entrar en un instituto nuevo con el curso ya empezado. Los pasillos son más estrechos que en mi anterior centro, y las paredes no son verde manzana, sino de un blanco sucio. No le vendría mal una capa de pintura nueva.

Estiro la espalda mientras me abro camino entre los grupos de estudiantes. No paro de buscar caras conocidas, aunque sé que es inútil. El timbre suena y los estudiantes se mueven con desgana, como si fueran zombis.

Busco a un lado y al otro del pasillo hasta dar con lo que imagino que es la secretaría: una sala

acristalada en la que un hombre alto y una mujer con al menos doscientos años hablan mientras revisan algo en el ordenador. Papá me ha asegurado que me esperan, que solo tengo que decir quién soy y que ellos se encargarán de todo.

No siento que nadie se encargue de nada. Me quedo plantada delante del mostrador, mirándolos como si fueran dos tiburones torpes que nadan en círculos en una pecera diminuta. ¿Tendré alguna posibilidad de escabullirme y volver a casa? No sé si sabría volver, pero la perspectiva de vagar sin rumbo con la mochila a la espalda suena mejor que entrar en clase. Sin embargo, antes de que decida darme a la fuga, el hombre alto alza la mirada. Debe de ser más joven que mi padre, lleva una gafas metálicas y tiene la nariz estrecha y espinillas en la frente.

Me saluda, aunque no le escucho hasta que no abre la ventanilla.

—Noa, ¿verdad?

Asiento y deduzco que este instituto es tan pequeño como parece si soy la única cara que no

reconocen. La mujer me lanza una mirada curiosa, y el secretario ensancha la sonrisa.

—Estamos encantados de tenerte aquí. Te sentirás muy a gusto con nosotros, ya lo verás. Los chavales son muy amigables, no tardarás en hacer amigos nuevos.

Aprieto los labios. No quiero hacer amigos, quiero volver con los míos. Por supuesto, no lo digo en voz alta, solo me encojo de hombros mientras él sale para acompañarme por el pasillo.

—Te enseñaría el centro, pero creo que es mejor que vayas directamente a clase. Te acompaño, no te preocupes. Seguro que en el recreo cualquiera de tus compañeros está encantado de hacerte el *tour*. ¡Recuerda que puedes preguntarme lo que necesites! Soy Roberto, y es el segundo año que estoy en este instituto. ¡Casi iguales! Tu clase es segundo B.

—Siempre he estado en el A —comento.

Él me dedica una sonrisa.

—¡Pues ya era hora de cambiar!

No respondo. De todas formas, ¿qué importa? No es como si mi opinión contase para nada

en mi propia vida. En vez de eso, paseo la mirada por los carteles del vestíbulo mientras camino al lado de Roberto.

—¿Te gusta el deporte? Tenemos buenos equipos de fútbol, femenino y masculino.

—Hago patinaje artístico —respondo.

No me sorprende que su sonrisa se vuelva casi una disculpa.

—Aquí no tenemos, pero en el centro hay clases de baile moderno y un grupo de zumba. ¡Seguro que puedes apuntarte!

Me apetece tanto como saltar a una piscina de piezas de lego. Ni siquiera había pensado que tendría que dejar atrás cosas como el patinaje. Roberto habla del periódico del instituto y del concurso de arte, y no le hago mucho caso hasta que se detiene delante de una puerta. Los nervios me retuercen el estómago.

—¡Hemos llegado a tu clase! ¿Lista para conocer a tus compañeros?

Nunca estaré lista. Sé perfectamente el tipo de mirada que Lala lanzaba a los nuevos. Era como un escáner que los recorría de pies a cabe-

za antes de inclinarse hacia mí y cuchichear sus impresiones.

Roberto tiene el detalle de esperar a que asienta antes de abrir la puerta y sonreír a una profesora que lleva una media melena rubia. Luce una camiseta blanca con una enorme cara feliz en color rosa pastel que, por las arrugas de la tela, parece que solo lo está pasando regular.

Comprendo cómo se siente esa sonrisa forzada estampada sobre la tela.

—Buenos días, María. Te presento a Noa, tu nueva alumna. Noa, esta es tu tutora.

—Y tu profesora de Inglés —dice ella con una sonrisa. Tiene los ojos azules y expresión cansada—. Te hemos guardado un sitio, pasa.

Por supuesto, el sitio está en primera fila, al lado de una chica que me mira con desconfianza. Me arrepiento de no haberme ido corriendo cuando tuve la oportunidad. Como si me leyese la mente, Roberto se despide y cierra la puerta a mi espalda.

No es un simulacro. Estoy en una clase llena de desconocidos con los que tendré que convivir los

próximos años. Un aula que me observa con los ojos vacíos y me examina como si fuera un animal extraño. Pongo la mochila en el sitio y oigo murmullos al fondo de la clase. Al dejar los bolígrafos encima de la mesa, uno de ellos rueda, y tengo que agacharme para recogerlo. Los murmullos se convierten en risitas. Al inclinarme, el vaquero se me ha bajado y, en mi primer día, ya estoy enseñando la ropa interior a mis compañeros. Me pongo en pie de un salto con las mejillas en llamas.

—Venga, chicos, que tenemos que acabar el tema esta semana —dice María.

Me cuesta concentrarme. Sigo oyendo cuchicheos y risitas.

Estoy acostumbrada a ser el centro de atención, pero nunca la broma de la que todos se ríen.